

RESEÑAS

SANZ CAMAÑES, P. (2022). *Cromwell contra el Imperio español*. Madrid: Actas, 374 pp. ISBN: 978-84-9739-211-2.

No deja de sorprendernos cómo un dramático siglo XVII —el «siglo maldito» que da título a una monumental obra de Parker— haya podido contar en las Islas Británicas con personalidades tan relevantes en todos los campos de la filosofía política, de la ciencia, de la economía y de la cultura¹. Al listado de gigantes como Thomas Hobbes, John Locke, John Milton e Isaac Newton, entre otros, habría que añadir a Oliver Cromwell (Huntingdon, 1599-Londres, 1658). Parlamentario y genio militar, estadista y dictador, puritano radical y anticatólico visceral; honesto y ambiguo a partes iguales; familiar, ambicioso, fanático, cruel, héroe nacional inglés y asesino sin escrúpulos para casi todos los irlandeses y buena parte de los escoceses, parece que lo que mejor define a la poliédrica figura de Cromwell es la de servir para todo y ser reivindicada por todos. Con la excepción de sus acérrimos enemigos —los realistas ingleses y escoceses, y todos los católicos irlandeses—, Cromwell ha sido visto en diferentes momentos de la historia inglesa como una referencia para *whigs* y *tories*, para

románticos, liberales, comunistas e incluso fascistas. Ha servido además de advertencia para mantener a la monarquía parlamentaria, una vez que el raro paréntesis republicano derivó en dictadura. Los realistas de la Restauración exhumaron su cuerpo en 1661 y llevaron a cabo una ejecución póstuma que incluyó su decapitación. Pero en una manera muy inglesa de dar una solución pragmática a problemas complejos, hoy encontramos la estatua de Cromwell frente a las Casas del Parlamento, a cinco minutos de la abadía de Westminster donde fue expuesta su cabeza durante veinticinco años, no muy lejos de la estatua ecuestre del monarca al que ayudó a ejecutar, Carlos I, en Trafalgar Square.

Sobra decir que existe una inabarcable bibliografía en el ámbito anglófono sobre Cromwell. Como recoge el autor del libro que reseñamos, incluso un presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt (1858-1919) fue autor de su enésima biografía (Nueva York, 1900). En Inglaterra, su figura y las dos revoluciones inglesas del siglo XVII mantienen una producción historiográfica inagotable. En un país amante de su historia como probablemente ningún otro en el resto de Europa, en Inglaterra existe desde 1937 *The Cromwell Association*, dedicada al estudio y la transmisión al gran público de todo lo que rodea a su figura y su época. Visto desde fuera, el siglo XVII británico se ve como algo

1. PARKER, G., *El siglo maldito. Clima, guerra y catástrofe en el siglo XVII*, Barcelona, Planeta, 2013.

too British: por un lado, es innegable la visión anglocéntrica de la historiografía británica, muy centrada en la política interna. Esta autorreferencialidad ha hecho de Cromwell y su época un fenómeno típicamente insular, estudiado casi exclusivamente por historiadores británicos; por otro lado, dentro de las propias Islas Británicas, la parcelación de las historias nacionales de Inglaterra, Escocia e Irlanda no ayudó a una mejor comprensión de la historia en conjunto de los Tres Reinos, todos protagonistas de las guerras civiles y las dos revoluciones que por tradición y comodidad llamamos erróneamente «revoluciones inglesas».

Por todas estas razones, *Cromwell contra el Imperio español* resulta una necesaria aportación, especialmente para el ámbito hispanohablante: entre la abundante bibliografía en inglés, la influencia exterior en el gobierno de Cromwell es la menos conocida y el siglo XVII británico, en general, es todavía poco transitado por los historiadores modernistas españoles. La monografía que nos presenta el profesor Porfirio Sanz se estructura en seis capítulos: el primero, *Tiempo de análisis*, está dedicado al legado historiográfico y cultural de Cromwell. Este capítulo es un estado de la cuestión muy interesante y completo sobre la visión de la figura de Cromwell, desde su muerte hasta nuestros días. El segundo capítulo, *Tiempo de guerra (1640-1659)*, examina la participación de Cromwell en la primera revolución inglesa, entre 1640 y 1650; el tercero, *Tiempo de política (1651-1654)*, estudia al Cromwell estadista y sus relaciones con

el resto de potencias europeas, en especial con España. Cromwell se presentó en la escena internacional como el «tercer incómodo» —indeseable, pero necesario— en la pugna continental entre los Habsburgos españoles y los Borbones de Francia. El cuarto capítulo, *Tiempo de cambios (1655-1658)*, aborda la vital importancia del comercio para Gran Bretaña y sus relaciones con Francia, Holanda, España y Portugal. Este capítulo recoge el debate sobre las motivaciones que llevaron a Cromwell al *Western Design*, esto es, el rompimiento unilateral de las paces hispano-inglesas en 1655, tras la toma de la Jamaica española. El capítulo 5, *Tiempos de lealtad y restauración (1659-1675)*, sigue las negociaciones anglo-españolas para alcanzar finalmente un acuerdo de paz entre la Restauración y un apurado Felipe IV de España, ocupado con la rebelión de Portugal y la amenaza de Francia en Flandes. En este capítulo el autor pone en valor la capacidad de resiliencia de la Monarquía española, pero también cómo a Madrid no le quedará más remedio que admitir el ascenso del poder naval británico: «como tienen tantas embarcaciones» —admitía con impotencia el embajador español al Consejo de Estado en 1669— «es difícil saber la certeza hacia donde van, pues todas las semanas salen a diferentes lugares» (p. 181). El acuerdo hispano-inglés de 1670 (que certificaba, entre otras cosas, la pérdida definitiva de Jamaica para España) era el mejor de los acuerdos posibles. La monografía se cierra con una conclusión en la que el autor regresa a la figura de Cromwell para subrayar las dificultades

de su valoración. Finalmente, el libro se completa con un extenso apéndice documental de fuentes originales, la mayor parte de ellas de carácter diplomático, y cartas privadas y discursos de Cromwell en el Parlamento.

A pesar de la complejidad de la temática que aborda, el libro está escrito de manera clara, con una inteligente estructura, que favorece y se agradece su lectura. El autor es especialista en las relaciones diplomáticas anglo-españolas, y la historia de estas relaciones compite con Cromwell como protagonista del libro. Resulta muy acertada la traducción de citas al castellano en el cuerpo del texto, y su completa referencia en su inglés original en las notas. Esto demuestra la voluntad del autor por intentar llegar a un público lo más amplio posible, manteniendo siempre la rigurosidad de la obra académica. La edición del libro está muy cuidada, con abundantes láminas en color de los principales protagonistas. A nuestro juicio, quizás el título, *Cromwell contra el Imperio español*, sea algo forzado. Es cierto que Cromwell y su entorno iniciaron una agresiva campaña propagandística antiespañola a partir del *Western Design* en 1655, pero esto entra dentro de la lógica de todos los gobiernos que buscan el consenso general en un momento de confrontación bélica. Un título como *Cromwell y España* tal vez hubiera resultado menos impactante, pero más consecuente con el contenido del libro: la *realpolitik* se demostró, tanto para Cromwell como para Felipe IV, como el verdadero *leitmotiv* de las relaciones angloespañolas. Con el fin de mantener el canal de la Mancha abierto y

enviar recursos a Flandes, la Monarquía española fue — para sorpresa del resto de cancillerías europeas — la primera potencia en reconocer a la República inglesa, un gobierno de puritanos radicales a cuya cabeza se situaba un regicida. Los españoles buscaron mantener la paz con Londres incluso unos meses después del frustrado intento inglés de tomar Santo Domingo en 1655 y su desvío a Jamaica. El propio Cromwell podía compartir con las Provincias Unidas un ferviente anticatolicismo y una exitosa propaganda antiespañola, pero esto no le impidió iniciar contra los neerlandeses una agresiva política mercantilista que condujo a tres conflictos abiertos entre los dos países en lo que restaba de siglo XVII.

Estas (aparentes) contradicciones también están recogidas en el libro, como las frustradas expectativas españolas ante la restauración de los Estuardos en 1660. Si el malogrado Carlos I entró en guerra con España entre 1625 y 1630, su hijo, Carlos II, «salvó» a Portugal cuando decidió contraer matrimonio con Catalina de Braganza. Por tanto, y como muy acertadamente recoge el autor, la monarquía restaurada inglesa no sólo no ratificó el tratado de comercio de 1654 entre Portugal y la *Commonwealth* de Cromwell, sino que en 1661 mejoró sus condiciones, hasta el punto de hacer perder toda esperanza a Felipe IV de recuperar el reino rebelde (p. 162). En definitiva, a nuestro juicio no estamos ante una especial animadversión personal de Cromwell hacia España (sin por supuesto negar que la hubo), sino a una política que se enmarca en el secular enfrentamiento hispano-inglés desde

la década de 1580 por el dominio del comercio transatlántico. Desde Isabel I de Inglaterra, ninguno de sus sucesores (Estuardos o republicanos) aceptaron la bula papal de Alejandro VI de 1493 ni el monopolio comercial español en las Indias. El título de otro magnífico estudio sobre las relaciones hispano-inglesas del período, *Diplomacia canibal*, expresa muy bien estas relaciones de poder entre estados que buscaban —a través de la fuerza militar, la propaganda y la debilidad del adversario—, cumplir con el vademécum del incipiente capitalismo: esto es, fortalecer a las redes comerciales propias, proteger a las manufacturas locales, conseguir las materias primas necesarias para producir los productos fuera de Europa y buscar siempre nuevos mercados donde poder situarlos².

Al margen de su ambivalente figura y discutido legado, Cromwell cumplió con estos objetivos apenas señalados: inició un amplio programa de expansión comercial gracias a una mayor involucración en la política internacional, que incluyó conflictos armados con grandes potencias militares y comerciales como España y las Provincias Unidas. Para entrar en esta competición, Cromwell apostó por la potencia naval, que a la postre serviría para poner las bases de un eficiente estado fiscal-militar, de la primera Revolución industrial y del

2. ALLOZA APARICIO, Á., *Diplomacia canibal. España y Gran Bretaña en la pugna por el dominio del mundo, 1638-1660*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

formidable Imperio naval británico del siglo XVIII. En un interesante poema contra España recogido en el libro, el parlamentario Edmund Waller resumía este gran salto en un par de versos: «Otros pueden usar el Océano como su camino, / Sólo los ingleses lo hacen su morada» (p. 144).

En conclusión, se necesitaba una obra como la que aquí hemos reseñado para afrontar la necesaria revitalización de los estudios modernistas españoles sobre las Islas Británicas. La monografía de Sanz Camañes resulta una base muy importante desde la que desarrollar otros temas que merecen una mayor profundización. Entre otros, quedan pendientes estudios más completos sobre las redes de comercio inglesas y escocesas en España, sobre las que se ha trabajado incluso menos que para el caso del Báltico. Contamos con alguna contribución, como la de Alloza Aparicio sobre el comerciante Benjamin Wright (recogida en el libro) o la de Diago Hernando sobre el grupo de financieros y comerciantes ingleses en Madrid en tiempos de la primera revolución inglesa³. Pero nada parecido a los estudios desarrollados sobre otras comunidades extrapeninsulares, como genoveses, holandeses o

3. ALLOZA APARICIO, Á. y ZOFIO, J.C., «La trepidante carrera de sir Benjamin Wright. Comerciante, factor y asentista de Felipe IV», *Hispania*, 203, vol. LXXIII, 245, pp. 673-702; DIAGO HERNANDO, M., «Mercaderes y financieros ingleses en Madrid en tiempos de la revolución y guerra civil inglesa», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 49, 2009, pp. 397-446.

irlandeses. Tampoco conocemos la actividad de las redes de realistas presentes en España tras el triunfo de los ejércitos parlamentarios en la primera revolución, de sus contactos con las comunidades británicas en España, o con el Real colegio inglés de San Albano, en Valladolid, que como ha demostrado el prof. Javier Burrieza para otros períodos anteriores, cumplió un papel político de gran importancia. Por último, aunque las relaciones angloespañolas han sido vistas tradicionalmente desde la confrontación,

queda por estudiar la anglofilia en España y los defensores del sistema político de la Monarquía parlamentaria. En todo caso, con este nuevo libro tenemos una base lo suficientemente amplia de las relaciones anglo-españolas del período como para emprender nuevos estudios que completen la historia de dos potencias inextricablemente unidas, para bien o para mal, a lo largo de la Edad Moderna.

Óscar RECIO MORALES
Universidad Complutense de Madrid